

Desafíos ante la iglesia hispana (2/3)

Dr. Justo L. González



© Justo L. Gonzalez

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>
info@aeth.org

Desafíos ante la iglesia hispana (2 de 3)

Ayer hablábamos de la necesidad de entender mejor lo que es una cultura, y cómo las culturas se relacionan entre sí, como el principal desafío ante la iglesia hispana, y como clave para entender los otros desafíos que tenemos que encarar. Acerca de las culturas, habíamos señalado dos puntos principales:

Primero, que la cultura es parte de la buena creación de Dios.

Segundo, que la diversidad de lenguas y de culturas es obra de Dios, no solamente en castigo por la soberbia, sino también como liberación y como protección contra la soberbia.

Antes de pasar al tercer punto respecto a las culturas, quisiera abundar un poco más sobre el segundo, porque me parece que el principal desafío a que tenemos que enfrentarnos no es el de nuestras relaciones con la sociedad que nos rodea, sino el de cómo hacer que la iglesia mayoritaria, que la iglesia de centro, que la denominación en todos sus cuerpos de gobierno, pueda recibir y apreciar nuestra contribución.

Permítaseme ponerlo de otro modo: Por extraño que nos parezca, el principal problema de nuestras denominaciones, cuando de minorías étnicas se trata, no es que no nos den suficiente.

Es cierto que no nos dan ni una fracción del apoyo que necesitamos. Es cierto que no se

publican todos los materiales curriculares que necesitamos. Es cierto que no se ayuda a nuestros jóvenes a estudiar más, y que ésa es una de las razones por las que son tan pocos los que llegan al seminario. Es cierto que nuestros pastores y nuestras pastoras no son bien remunerados, que tienen escasa ayuda secretarial o de otra índole. Pero con todo y eso, la gran tragedia de nuestras denominaciones no está en que no nos den a las iglesias minoritarias lo que necesitamos, sino en que no están dispuestas a recibir de nuestras iglesias lo que tenemos para dar.

Con demasiada frecuencia se nombran ejecutivos para ocuparse de las minorías étnicas. Pero entonces se les arrincona en ese papel, se piensa que lo único que tienen que contribuir al resto de la denominación es ayudarles a bregar con las minorías, pero no se espera que tengan mucho que decir acerca de la denominación como un todo.

Cuando yo era niño, había un juego que los adultos jugaban con nosotros, sin que supiéramos que estaban jugando. Si yo estaba con mi tío, y por alguna razón le molestaba, mi tío me decía: «Ve y dile a tu mamá que te de un poco de 'tente allá'» No sé cuantas veces fui a pedir «tente allá» a mis padres, a mis tíos, a mi abuela.... No fue sino mucho después que me vine a dar cuenta de que todo era un truco para deshacerse de mí, y que me entretuviera en otra parte. Pues bien, a veces me parece que al proponer programas para minorías étnicas y nombrar gente para que los dirija, hay denominaciones que, probablemente sin siquiera darse cuenta de lo que están haciendo, nos están mandando a que busquemos un poco de «tente allá».

Ocúpense ustedes de los latinos, y déjenlos tranquilos. Claro está, la consecuencia es que la iglesia en general no aprende a utilizar los recursos de las minorías étnicas, y que cuando el zapato presupuestario aprieta, nuestros programas son los que primero sufren, pues nunca han estado al centro mismo de los intereses de la denominación y de sus líderes.

Es a eso que me refería ayer al hablar del caso de Pedro y Cornelio. La sabiduría de la iglesia en Jerusalén no estuvo en saber planificar bien la misión—que en fin de cuentas no planificaron. La sabiduría de la iglesia en Jerusalén no estuvo en saber qué decirles a los nuevos hermanos y hermanas en Cesarea. La sabiduría estuvo en saber escuchar lo que el Espíritu les estaba diciendo a través de los acontecimientos extraordinarios allá, en la despreciada y pagana Cesarea. Cesarea recibió el Evangelio de Jerusalén. Pero Jerusalén recibió de Cesarea una nueva visión del Evangelio.

La diversidad de culturas está ahí precisamente para recordarnos que, si bien el que haya cultura es don de Dios, toda cultura que pretenda ser autosuficiente se vuelve una torre de Babel, cae en idolatría, y con ello sella su propia destrucción. Las otras culturas están ahí entonces como fuerza liberadora, para librar a la cultura dominante de sus ataduras consigo misma, o del peligro de lo que podríamos llamar su «torredebabelismo».

Uno de los pasajes más conocidos en todo el Nuevo Testamento es el que tradicionalmente se llama la «Gran Comisión», en Mateo 28:19: «Por tanto, id y haced discípulos a todas las

naciones...». Ese pasaje me intrigó siempre. Pero no me intrigó solamente por su llamado a la misión universal, o por los temas que otros han debatido acerca de la relación entre la enseñanza, la predicación, el bautismo y los mandamientos de Jesús. Me intrigó sencillamente por una cuestión gramatical. Me intrigó porque empieza con un «por tanto».

Nadie empieza a hablar diciendo «por tanto». La frase misma requiere un antecedente: «Se me acabó el dinero. Por tanto, no puedo comprar más». «Me gusta Puerto Vallarta. Por tanto, me alegro de estar acá».

¿Cuál es entonces el antecedente de la Gran Comisión? El texto está bien claro. Jesús dice: «Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id...». La razón para ir es que Jesús ha recibido toda potestad en la tierra y en el cielo. Si tomamos este texto en serio, resulta que el propósito de nuestro ir, la razón de nuestro ir, no es llevar a Jesucristo a un nuevo lugar, ni es tampoco llevar su señorío. Según este texto, Jesús ya es señor de ese lugar desde mucho antes de que nosotros vayamos allá. Si tomamos este texto en serio, Pedro no fue a Cesarea para llevar a Jesús. Pedro fue a Cesarea porque Jesús ya estaba allí. Y yendo a Cesarea, Pedro aprendió algo acerca de ese señorío de Jesucristo que él mismo llevaba ya tiempo predicando en Jerusalén y en Judea.

Si tomamos este texto en serio, resulta que no son sólo las naciones las que necesitan el testimonio de la iglesia. Es también la iglesia la que necesita de las naciones, porque cada vez

que la iglesia conoce y experimenta la presencia de Jesucristo en un nuevo contexto, la iglesia aprende algo del significado y el alcance del poder de su Señor. Sin Jerusalén, el Evangelio no hubiera llegado a Cesarea, y por tanto en cierto modo Cesarea es gloria de Jerusalén. Pero sin Cesarea, el Evangelio se hubiera quedado enquistado en Jerusalén.

Por eso, repito, el principal desafío ante nuestra iglesia hispana es cómo hacer que la iglesia mayoritaria, que la iglesia que tanto se queja porque es un poquito menos multimillonaria de lo que antes fue, cómo hacer que esa iglesia escuche, aprecie y aprenda del testimonio de nuestras iglesias, algunas de ellas tan pequeñas, algunas de ellas tan pobres, algunas de ellas tan marginadas.

Ese desafío tiene muchas dimensiones. Pero mencionemos al menos algunas de ellas.

Una de esas dimensiones es que nuestra iglesia hispana tiene mucho que enseñarle a la iglesia mayoritaria acerca de cómo leer la Biblia. ¿Han notado ustedes cuán poco del Nuevo Testamento se escribió en Jerusalén? El Nuevo testamento, como casi todas las páginas más gloriosas de la historia de la iglesia, se escribió al margen, a la orilla, en la misión, donde la iglesia tenía que descubrir qué era eso de llevarles buenas nuevas a los gentiles. El Nuevo Testamento se escribió en medio de la persecución y del desprecio, por creyentes acusados de no entender las grandes tradiciones de Israel, por misioneros acosados por mil preguntas que antes nadie se había planteado, y acerca de las cuales la iglesia en Jerusalén bien poco sabía.

Pero con el correr de los años, según la iglesia se fue encorvando sobre sí misma, según su gobierno se fue centralizando, según su misión se fue volviendo cada vez más centripeta y menos centrífuga, según se empezó a pensar que el poder del Espíritu Santo les fue dado a unos pocos para mandar sobre los demás, se fue estableciendo la costumbre de leer el Nuevo Testamento, no desde los bordes donde fue escrito y donde se manifiesta la creatividad, sino desde el centro donde se trataba de controlarlo todo, no desde la misión, sino desde la jerarquía.

Y así por ejemplo, un libro que cuando fue escrito, allá por el año 80, trataba acerca de cómo el Espíritu continuaba la labor de Jesús, frecuentemente subvirtiendo el orden establecido por la jerarquía religiosa, en el siglo segundo recibió el título de «Hechos de los Apóstoles».

Pero lo cierto es que cualquiera que lea el libro con un poco de cuidado se percata de que no trata sobre los apóstoles. De los doce no se nos dice más que los nombres. De dos de ellos, Pedro y Juan, se nos dice un poco más en los primeros capítulos. Pero después ni siquiera de ellos se nos dice mucho. Pedro desaparece en el capítulo 12, hace una breve aparición en el 15, y luego brilla por su ausencia. De Juan se nos dice menos todavía. Y si alguien sugiere que lo que ha sucedido es que ahora Pablo es el apóstol sobre quien se centra la atención, recuérdese que al final del libro ni siquiera se nos dice qué fue de Pablo. No, el libro no es sobre los apóstoles. El libro es sobre el Espíritu, que unas veces bendice y otras contradice los deseos y los planes de los apóstoles.

Hechos no es un manual de disciplina. No es un patrón que nos muestra cómo ha de organizarse la iglesia. Hechos es, al contrario, un libro que nos muestra que no es la organización la que ha de determinar la misión, sino todo lo contrario.

Ese es un mensaje que nuestras denominaciones necesitan en el día de hoy. Y es un mensaje que se les hace difícil escuchar al centro y a la cultura mayoritaria, porque después de todo desde su punto de vista y desde su perspectiva no hay problema alguno con la estructura presente—no hay problema, pero el número creyentes disminuye, y las ofrendas bajan, y se cancelan programas, y se deja cesantes a empleados que han sido siervos fieles por décadas y décadas.

Si alguien ha de ser capaz de volver a leer las Escrituras, de leerlas, no como un manual de disciplina, sino como un llamado a la misión y al servicio, y como un reto a todas nuestras organizaciones y nuestras torres de Babel, ese alguien ha de ser la iglesia minoritaria. *Eso*, y nada menos que *eso*, es el gran desafío ante nuestra iglesia hoy.

Y lo que decimos sobre la Biblia hay que decirlo también sobre la teología, sobre la historia de la iglesia, sobre nuestros currículos teológicos y de escuela dominical, etc.... Alguien tiene que recordarle a toda esta tradición reformada, que tanto habla de Calvino, y que tanto dice respetarle, que Calvino fue francés. Y, si los franceses le pusieron a nuestra América el nombre de «Latina» para reclamar su parentesco no nosotros, nosotros le pondremos también a ese

francés el nombre de «latino», y lo reclamaremos para nosotros. Alguien tiene que recordarles a los que estudian a Calvino en la comodidad de sus hogares, que Calvino vivió exiliado de Francia en Ginebra, que luego hasta de Ginebra fue exiliado, y que por tanto ese pueblo peregrino que anda cruzando fronteras de noche, escondiéndose de la Migra y sin tener dónde recostar la cabeza, bien puede enseñarnos algo acerca de la experiencia, de la religiosidad y de la teología de Juan Calvino.

Pero pasemos entonces al tercer punto respecto a las culturas. (Repito: Primer punto: la cultura es parte de la buena creación de Dios. Segundo punto: la diversidad de lenguas y de culturas es obra de Dios, no solamente en castigo por la soberbia, sino también como liberación y como protección contra la soberbia.) El tercero es: Las culturas no son realidades estáticas y fijas.

Si una cultura es el modo en que un grupo humano cualquiera responde a los retos y las oportunidades de su ambiente, resulta obvio que, según esos retos y esas oportunidades cambian, la cultura ha de cambiar también. Una cultura que no cambia no es ya cultura, sino reliquia del pasado. El latín es una lengua que no cambia. El vocabulario que estudié hace cincuenta años es el mismo vocabulario que estudian los jóvenes de hoy. ¿Por qué? Porque ya nadie habla latín. Porque el latín no tiene que crear neologismos, como la hacen las lenguas vivas, para referirse al espacio cibernético. No cambia porque no tiene que cambiar. No cambia porque es lengua muerta. Y lo que es cierto de una lengua cualquiera es también cierto de una cultura cualquiera.

Hace años un amigo miembro de una pequeña tribu indígena norteamericana me hablaba de las antiguas leyendas, canciones y danzas de su pueblo. Me hablaba con brillo en los ojos. Pero entonces ese brillo se tornó en lágrimas, y me dijo: «En dos o tres generaciones nadie se acordará de todas estas leyendas y estas canciones». Mi reacción pragmática, nacida en parte de mis intereses como historiador, fue sugerirle que grabase todo eso, de modo que quedara para la posteridad. A lo que me contestó: «No. Esas son las tradiciones de un pueblo, y cuando el pueblo pierda conciencia de sí mismo es hora de que sus tradiciones desaparezcan con él». Lo que le está sucediendo a la cultura de mi amigo es que ya no se emplea para enfrentarse a los retos de hoy. Las viejas leyendas y canciones se han vuelto atavismos sentimentales, pero ya no se emplean para vivir en el mundo de hoy, para enfrentarse a los retos que la vida conlleva. Por eso la antigua cultura de mi amigo ya no cambia, sino que se limita a las viejas canciones, danzas y leyendas. Y por eso va muriendo.

Las culturas son realidades vivas. Y un organismo vivo que no cambia sencillamente muere.

El hecho de que las culturas cambian es otra de las razones por las que el modelo de la iglesia hispana como lugar donde se preserva la cultura no funciona. Las culturas evolucionan, y por tanto una iglesia que considere que su misión es, por ejemplo, conservar la cultura dominicana, en unos pocos años va a descubrir que la cultura que está conservando ya no existe en la República Dominicana.

Y lo mismo es cierto de la llamada «cultura dominante». Esa cultura también está cambiando. Todos hemos recibido correos electrónicos en los que se nos señala, por ejemplo, que los jóvenes que hoy entran en la universidad nunca jugaron «Pacman», nunca escucharon a los Beatles, etc.

Y aquí también hay un desafío para la iglesia. Parte del problema de nuestras denominaciones llamadas «de centro» es que el centro ha cambiado. La cultura dominante hoy ya no es la cultura que predomina en nuestras iglesias, ni siquiera en sus centros. Aunque a nosotros desde fuera nos parezca que nuestras denominaciones pertenecen a la cultura dominante, lo cierto es que pertenecen a la cultura que dominó hace cuatro o cinco décadas, y no a la cultura de hoy. La cultura dominante va cambiando, y las iglesias de centro se van quedando detrás.

Un ejemplo de esto lo tenemos en el modo en que nuestras denominaciones pretenden tener un impacto político y social. Hace unos años, cuando la Iglesia Metodista o la Iglesia Presbiteriana hacían un pronunciamiento—por ejemplo, acerca de los derechos de los sindicatos laborales, o acerca de la segregación racial—ese pronunciamiento aparecía en los diarios. Los editorialistas comentaban. Los políticos respondían. Hoy, nuestras oficinas en Washington pueden decir lo que les parezca sobre la guerra en Irak, y tal vez, si tienen suerte y conexiones, aparezca una notita en el periódico. Pero los políticos y los militares no se darán por enterados. Lo que es más, la mayoría de los miembros de la misma denominación no tendrán la más mínima idea, y bastante poco interés, en lo que la denominación está diciendo.

Cuando, en los primeros años tras su fundación, el Consejo Nacional de Iglesias criticaba la política internacional del gobierno, sus representantes eran invitados al Congreso y a la Casa Blanca para ofrecer y discutir sus opiniones. Hoy, el único modo en que el Consejo Nacional de Iglesias puede hacer que la sociedad se acuerde de que existe es mediante alguna acción más dramática que de contenido, como la de acompañar a Elián en su regreso a Cuba.

En los tiempos de gloria del seminario Union en Nueva York, cuando Reinhold Niebuhr o Paul Tillich criticaban la inmoralidad del estado o del orden social, o cuando sencillamente ofrecían una conferencia pública sobre cuestiones éticas, lo que decían aparecía en el New York Times—a veces en primera plana. Hoy es difícil encontrar a alguien en Nueva York—y hasta en las iglesias en Nueva York—que sepa dónde queda el seminario.

Al leer los diarios hoy, tal pareciera que las posturas y debates éticos y sociales de nuestras denominaciones llamadas «de centro» solamente despiertan interés cuando se trata de la homosexualidad. Y hasta en ese caso, las gentes no escuchan lo que nuestras iglesias dicen para recibir dirección espiritual o moral, sino sencillamente para clasificarnos según seamos de un bando o del otro.

La solución de todo esto no está en mejores sistemas de comunicación, porque el problema no está en la comunicación. La solución del problema de Union no está en tener más profesores famosos, porque el problema no está en que los profesores de hoy no sean del calibre de

Niebuhr o de Tillich. La cuestión va más lejos. Nuestras iglesias «de centro» ya no lo son. La cultura dominante ya no es la cultura de las iglesias. Las iglesias que antes eran «mainline» ahora son «old line».

Las culturas cambian. La de este país ha cambiado, y ha dejado a la iglesia detrás. Dicho de otro modo, vivimos en un país post-cristiano, y nuestras iglesias «de centro» apenas si se están dando cuenta de ello.

Y ahora que empiezan a darse cuenta de lo que está sucediendo, ¿dónde estará la solución? Para muchas de nuestras iglesias de centro, la solución está en volver a colocarse en el centro. Por eso hay tantos intentos de producir órdenes de culto, canciones, programas, etc. dirigidos a las nuevas condiciones culturales que han surgido en las últimas décadas. Y eso está bien, pues evangelizar a quienes participan de esa nueva cultura es parte de la misión de la iglesia. Pero con eso no basta, por muchas razones. Una de ellas es que nuestras iglesias de centro están tan atadas a sus viejas tradiciones que no saben cómo abordar una nueva situación cultural. Otra es que hay mucho de esta nueva cultura que la iglesia tiene que criticar y que rechazar, aun cuando el precio de tales posturas sea su marginación. Me refiero, por ejemplo, al consumismo, a la irresponsabilidad ecológica, al individualismo egocéntrico, al chauvinismo nacionalista.

¿Dónde, entonces, encontrarán nuestras denominaciones, antes llamadas «de centro», los recursos para aprender a vivir y a llevar a cabo su misión en un ambiente en que ya no son de

centro, en el que ya no son verdaderamente parte de la cultura dominante? En el mismo sitio en que la iglesia de Jerusalén encontró un nuevo modo de ser iglesia, cuando empezaba a descubrir que no sería parte de la cultura dominante de Judea. Si la iglesia de Jerusalén pudo aprender de la de Cesarea, no hay razón alguna por la que las viejas denominaciones «de centro» no puedan aprender de sus márgenes. Si hay algún crecimiento numérico en nuestras denominaciones de centro, ¿dónde está? En sus minorías étnicas. ¿Dónde es que se están leyendo las Escrituras con la frescura de un nuevo descubrimiento? Entre las minorías étnicas. ¿Dónde es que existe un movimiento ecuménico que va más allá de las reuniones de ejecutivos y de las discusiones conciliares, y que alcanza al pueblo común de la iglesia? Entre las minorías étnicas.

Todo esto es un desafío, no sólo para nuestras denominaciones, sino también para la iglesia hispana. A la denominación le compete escuchar. Pero a nosotros nos compete reflexionar y hacernos oír. A nosotros nos compete, no solamente hacer teología para nuestro pueblo, sino hacer teología que sacuda a toda la iglesia, y que llame a toda la iglesia a una transformación radical, a una conversión al estilo de la de la iglesia en Jerusalén cuando se enteró de lo que sucedía en Cesarea. Y el desafío es grande, pues lo que se requiere de nosotros no es entonces, como a veces se ha dado a entender, que sepamos lo supuestamente poquito que es necesario para predicar entre nuestra gente, sino que sepamos todo lo que la iglesia mayoritaria sabe, y más. Nuestro desafío como iglesia hispana, además de producir el liderato necesario para nuestras propias iglesias, es producir los teólogos y profetas, hombres y mujeres, que puedan

decirle a la iglesia mayoritaria, «Así dice el Señor».

Repito entonces el tercer punto: Las culturas no son realidades estáticas ni fijas. Lo que antes fue la cultura dominante ya no lo es. En ese sentido, la iglesia hispana y la iglesia supuestamente dominante nos encontramos en el mismo bote. Y en ese bote, posiblemente nuestros remos sean de mayor utilidad que los viejos motores de la iglesia dominante, con muchos caballos de fuerza, pero sin gasolina.

Y el cuarto punto es semejante a éste: una cultura que necesita que la defiendan ha perdido buena parte de su vitalidad, y va camino de la muerte, por mucho que se le defienda. Mi amigo nativo americano entendía esta realidad. No era cuestión de crear centros culturales para enseñar las antiguas danzas y leyendas. El problema era mucho más profundo. El problema era que, por alguna razón —probablemente por toda una gama de razones—la vieja cultura no se empleaba ya para enfrentarse a los nuevos desafíos. Aunque los cuentos de mi abuelita son parte de mi cultura, aunque la receta de mi papá para hacer buñuelos es parte de mi cultura, aunque las poesías clásicas que mi mamá me enseñó son parte de mi cultura, mi cultura no es ninguna de esas cosas. Mi cultura es el modo en que yo, heredero de aquellos cuentos, de aquella receta y de aquellas poesías, me enfrento ahora a la tarea de vivir en Georgia en el siglo veintiuno. El que mi cultura viva todavía no se manifiesta en que yo hable hoy del mismo modo que mi papá hablaba en sus discursos políticos revolucionarios de los años treinta, sino en que exista cierta continuidad entre los recursos intelectuales, morales y estéticos que mi papá

empleaba entonces y los que yo empleo hoy para hablarles a los pastores presbiterianos hispanos de los Estados Unidos.

Y este punto también tiene importancia para la vida de la iglesia hispana en los Estados Unidos del siglo veintiuno. No sé cuántas veces he oído decir que nuestras iglesias tienen que «preservar la cultura». Eso se entiende, y como pastores tenemos que entender las ansiedades que se esconden tras ese deseo. Mucha de nuestra gente añora el terruño, los tiempos idos, los lazos familiares que quedaron detrás. Lo que es más, mucha de nuestra gente tiene poca influencia en la política, en la economía, en la vida social de la comunidad, en las escuelas. El lugar donde sí tienen influencia y pueden tomar decisiones es la iglesia. Y entonces la iglesia, por razones que debemos de entender, pero que no lo justifican, se vuelve centro de conservación cultural. A los niños se les obliga a hacer las cosas como se hacían allá en la tierra lejana cuando éramos niños. De ese modo se intenta conservar la cultura que algunos temen se está perdiendo.

Como todos sabemos, con mucha frecuencia esas políticas hacen que los inevitables conflictos intergeneracionales se vuelvan más difíciles, pues son también conflictos interculturales.

Es aquí precisamente que los últimos dos puntos que acabo de mencionar sobre las culturas y cómo funcionan nos ayudan a reflexionar acerca de la misión de la iglesia en medio de la cultura hispana. Repito, son dos puntos interrelacionados: Uno, que las culturas no son realidades fijas

y estáticas, sino realidades siempre cambiantes. Dos, que una cultura que necesita que se le defienda está en camino de desaparecer.

En vista de lo que acabamos de ver sobre las culturas, el intento mismo de defender y de preservar una cultura es uno de los mejores medios de debilitarla y hasta de matarla. Si la cultura tiene que preservarse en un espacio especial, lo que estamos implicando es que no puede funcionar en el mundo que nos rodea. Y si una cultura es el modo en que un grupo humano cualquiera responde a los retos y oportunidades de su ambiente, una cultura que tenga que protegerse de su ambiente está en proceso de retirada, y a la postre se atrofiará—como se atrofia cualquier parte del cuerpo que no se usa.

Además, también en vista de lo que acabamos de decir, esa cultura que tanto defendemos en nuestras iglesias no es ya la misma de nuestras tierras de origen. Las culturas, como realidades vivientes, se desarrollan y transforman constantemente. Hace unos años, regresé a Cuba por primera vez después de una ausencia de cuarenta años. Al mismo tiempo que encontré allá mucho de lo que siempre recordé, también encontré unas realidades culturales muy diferentes de las que traje cuarenta años antes. Hay palabras nuevas; y muchas palabras viejas tienen un nuevo sentido. Hay costumbres nuevas; costumbres que han surgido espontáneamente como un modo de responder a las circunstancias de los tiempos. Y no se trata solamente del caso de Cuba, que podría explicarse en términos de circunstancias políticas, de aislamiento, etc. Hoy en Puerto Rico escucho palabras que no se empleaban cuando primero fui a vivir allá hace

cuarenta y tres años. No es solamente en Nueva York que la cultura puertorriqueña ha cambiado, sino también en Puerto Rico. Luego, el pretender que la iglesia sea un centro de preservación de los elementos culturales que trajimos de otras tierras corre el peligro de convertir a la iglesia en una especie de museo de antigüedades.

Lo que esto quiere decir es que cuando nuestras gentes en nuestras iglesias se quejan de que sus hijos e hijas están perdiendo su cultura, lo que hemos de hacerles ver es que la realidad es todo lo contrario. Están respondiendo a desafíos y oportunidades cambiantes, y por eso su cultura—la cultura que aprendieron de sus padres y sus abuelos—está evolucionando. No es que estén perdiendo su cultura. ¡Es más bien que están creando cultura! ¿Que nuestros jóvenes no hablan el español como se habla en México, en Cuba, en Puerto Rico o en la República Dominicana? Pues recordemos que ni en Cuba, ni en Puerto Rico, ni siquiera en el centro mismo de Castilla, se habla el español de Cervantes. Y recordemos lo que es más, que el famoso español cervantino no es sino un latín mal hablado, con mezclas de godo y de árabe—sobre lo cual volveremos más adelante.

Lo importante de las culturas no es su pureza, por mucho que en la escuela nos hayan insistido en que hablásemos «bien», y en que tuviésemos «buena» ortografía. Y esto lo digo al mismo tiempo que celebro el hecho de que mi padre fue novelista y literato, y mi madre profesora de literatura. Lo digo al mismo tiempo que confieso que todavía me causa espanto un «hidalgo» sin hache, o un «camión» sin acento. Pero lo digo porque si confundimos la cultura con el ser

«cultos», precisamente porque tan poca de nuestra gente acá tiene la oportunidad de estudiar sus tradiciones culturales al punto de ser «cultos» en ellas, y sí se ven obligados a estudiar la tradición cultural anglosajona de ese modo, no podremos evitar el que nuestra gente llegue a la conclusión de que nuestra cultura es inferior. Lo que nos hace culturalmente hispanos e hispanas no es que nos sepamos de memoria los sonetos de Lope de Vega—que bien merecen aprenderse de memoria—sino que nos enfrentemos como hispanos e hispanas a todo el medio ambiente que nos rodea, incluso a las tradiciones de la cultura dominante y, sobre todo, a la Biblia—de lo cual creo que ya he dado algunos ejemplos.

Lo importante de la cultura es que sepamos enfrentarnos a los desafíos de hoy, a las novedades de hoy, a las otras culturas que nos rodean, haciendo uso de los recursos que trajimos de nuestras viejas tierras, o que nuestros antepasados trajeron de ellas. Estoy convencido de que, si llegásemos a comprender esto, y a hacérselo comprender a nuestra gente, muchos de los conflictos intergeneracionales e interculturales que tienen lugar en nuestras iglesias se resolverían con más facilidad, y en lugar de estar mirando a la cultura del pasado que parece perderse podríamos ver la cultura del futuro que va naciendo.

Esto quiere decir que el desafío que nos confronta dentro de la iglesia hispana misma es sobreponernos a la tentación de hacer de la iglesia un centro de preservación cultural, y al mismo tiempo hacerles ver a nuestra gente que nuestra cultura, por el hecho mismo de ser cultura viviente, tiene los recursos para enfrentarse a los retos del presente—incluso al reto de

vivir inmersa dentro de otra cultura.

Tenemos que buscar el modo de enseñarles a nuestra gente que la cultura es algo que se crea sobre la marcha, día a día, y no un tesoro que se guarda para pulirlo y sacarlo a relucir de vez en cuando, como una antigüedad de museo.

Tenemos que buscar el modo de que nuestro pueblo se regocije, no sólo en sus viejas tradiciones y costumbres, sino también en el modo en que esas tradiciones y costumbres van forjando nueva cultura en el lugar en que estamos.

¿Cómo hemos de hacer esto? Los medios son muchos, y posiblemente en el período para discusión algunos de ustedes puedan dar testimonio de lo que se hace en sus iglesias. Pero por lo pronto, mencionemos algunos. ¿Qué tal sería desarrollar un currículo para el diálogo intergeneracional dentro de nuestras congregaciones? En tal currículo, la abuelita dominicana podría contarles a los nietos algo de la vida en la República, y los nietos podrían contarle a ella algo de los que significa criarse como dominicano en Nueva York, y todos podrían discutir cómo lo que cada generación aprendió de las otras funciona o se adapta en las nuevas circunstancias. ¿Que tal sería dentro de ese currículo discutir los elementos de la adoración que son de particular importancia para cada cual, y por qué?

(Sí, ya lo sé: no hay dinero para currículos. Al menos, eso nos han dicho, aunque sabemos que

hay dinero para otras cosas.... Pero cuando nos dicen que no hay dinero, me parece que debemos responder de dos modos: El primero, mediante reclamos y protestas. Eso se está haciendo, y hay que seguir haciéndolo. Pero tenemos que responder también de otro modo. Allá en mi patria, cuando se le dijo a José Martí que el país no podía producir lo que necesitaba para subsistir como nación independiente, Martí contestó: «Y el vino, lo hacemos de plátano. Y si sale agrio, ¡es nuestro vino!». Y ahora yo les digo que estoy seguro de que tiene que haber aquí entre ustedes al menos dos o tres o cuatro personas que puedan producir un programa de estudio, discusión y reflexión intergeneracional. Posiblemente no resulte una cosa profesional. No saldrá a cuatro colores y con papel de brillo. Quizá tendrá sus deficiencias pedagógicas que habrá que ir corrigiendo en base a la experiencia. Pero, ¡será nuestro!)

Y ése es también nuestro desafío ante la iglesia mayoritaria. ¡Basta ya de mendigar! El mendigar es malo, no solamente porque ofende nuestra dignidad, sino también porque le hace pensar a la iglesia mayoritaria que la iglesia hispana necesita de ella más de lo que ella necesita de nosotros—con lo cual ella misma se empobrece y se priva de lo que serían nuestras mejores contribuciones.

Volviendo al caso de Jerusalén y Cesarea. Jerusalén puede ser el centro tradicional. Jerusalén tiene una larga tradición de ser el centro. Jerusalén es el ombligo del mundo. Jerusalén es el lugar donde Jesús fue crucificado y resucitó. Jerusalén es el lugar donde el Espíritu se derramó sobre toda carne. Jerusalén tiene sus glorias. Pero con todo y eso Jerusalén necesita de Cesarea.

Jerusalén necesita de Cesarea, porque el Espíritu está actuando en Cesarea. Jerusalén necesita de Cesarea para comprender algo más de la profundidad y del alcance del Evangelio.

Con todo y eso, me imagino que los hermanos de Jerusalén, una vez hecha la gran concesión de admitir a los de Cesarea, se sentirían muy ufanos por su liberalidad. ¡Les hemos permitido a estos pobrecitos gentiles venir a formar parte de nuestra herencia y nuestras tradiciones!

Pero las sorpresas no terminan con eso. Si seguimos leyendo el libro de Hechos y las cartas de Pablo, veremos que la actividad del Espíritu Santo fuera de Jerusalén, en Cesarea y en otras regiones marginales como Efeso, Corinto y Filipos es tal que pronto nos topamos con Pablo pidiendo dinero para los hermanos en Jerusalén. Según nuestras expectativas misioneras, debió haber sido todo lo contrario. Me imagino que según las expectativas de la iglesia de Jerusalén en Hechos 11, también debió haber sido todo lo contrario. Pero con todo y eso, inesperadamente nos encontramos con que los hermanos de Jerusalén necesitan de sus hermanos gentiles para poder subsistir.

Tristemente, eso no encaja bien con los de Jerusalén. Según seguimos leyendo el libro de Hechos, resulta que los de Jerusalén se ven cada vez más marginados dentro de su propia cultura—algo bastante parecido a lo que vemos que está sucediendo hoy con las iglesias en los Estados Unidos que antes se consideraron «de centro». Pero los hermanos de Jerusalén, como nuestros hermanos y hermanas de hoy, no están contentos con esto. Quieren seguir siendo «de

centro». Es por eso que cuando Pablo llega de regreso a Jerusalén, con las ofrendas que ha recogido en el mundo gentil y que la iglesia misma necesita para poder subsistir, estos buenos hermanos de Jerusalén, al tiempo que le reciben con gozo, le dicen que su trabajo misionero les está creando dificultades con la cultura mayoritaria en Jerusalén, que les está desprestigiando, y sugieren que Pablo ha de ir al Templo y cumplir una serie de ritos para mostrar que todavía es buen judío. El resultado ustedes lo conocen. Pablo acaba preso, y sigue toda una serie de juicios que a la postre le han de llevar a Roma y al martirio. Y lo tristemente sorprendente de todo eso es que en ese trance quienes ayudan a Pablo y procuran salvar su vida son su familia y hasta algunos romanos, ¡pero no la iglesia de Jerusalén!

El desafío para la iglesia hispana resulta evidente. No es sólo el desafío de reconocer que nuestra propia cultura está evolucionando, y de participar de esa evolución. Es también el desafío de hacerle saber a una iglesia que todavía sueña con ser «de centro» que no lo es. Es el desafío de seguir fielmente aportando nuestros recursos espirituales para el centro, que los necesita más de lo que sabe. Es el desafío de saber que, si las cosas continúan en los próximos veinte años como han ido en los últimos veinte, no se tratará ya sólo de nuestros recursos espirituales, sino que el día llegará en que entre nuestras iglesias hispanas se estarán recogiendo ofrendas para la subsistencia misma de la denominación. Y es el desafío de estar dispuestos a hacer lo que tenemos que hacer aun sabiendo que no se nos agradecerá, y que el viejo centro seguirá pretendiendo serlo largo tiempo después de que su hora haya pasado.

El desafío es entonces grande y sobrecogedor. Francamente, es un desafío mucho mayor de lo que podemos confrontar con nuestras propias fuerzas. Pero el Espíritu que se derramó en Pentecostés, el Espíritu que se derramó en Cesarea, el Espíritu que está bien activo en la iglesia hispana, es el Espíritu que Jesús prometió: «Más recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo». Y ese poder, digámoslo una vez más y mil veces más, es poder para darles poder a otros; es poder para que quienes no entienden la lengua de los discípulos tengan tanto poder como los discípulos mismos; es poder para que la iglesia hispana lo comparta con nuestras tan necesitadas denominaciones. Y así seremos testigos, no solamente en lo último de la tierra, sino hasta en la misma Jerusalén.

¡Así sea!

